





EN SUS OJOS
HABITABA EL MIEDO



Ana Isabel Fernández

EN SUS OJOS
HABITABA EL MIEDO



Primera edición: diciembre 2019

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Ana Isabel Fernández

ISBN: 978-84-18097-26-3

ISBN digital: 978-84-18097-27-0

Depósito legal: M-37897-2019

Editorial Adarve

C/ Marcenado 14

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España



*Para mis hijas; Ángela y Lucía.
Para el amor de mi vida; Andrés.
Y por ella, mi tía Esperanza.
Por quienes siempre han estado a mi lado.
Sin olvidarme de mis padres,
que marcharon demasiado pronto.*





Cuando la realidad se esconde entre sueños, se convierte en ladrona de los días y en cenizas de palabras rotas; los recuerdos se transforman en verdugos de la alegría que apagan la vela de la soñada felicidad.



1

La luz del día entraba sin permiso, como una sombra de la noche, y avasallaba la habitación de los Andersson. Los objetos posados sobre el tocador parecían extraños fantasmas. El perchero sobre el que descansaban algunas prendas de ropa, cinturones del señor Andersson y el sombrero negro de fieltro que utilizaba su esposa cuando paseaba por el campo, se levantaba entre unos brazos de forja que daban aspecto humano al esqueleto de metal. Sobrios destellos trepaban con lentitud y se adueñaban del lecho de Daniela, que aún dormitaba y esparcía sus sueños y pesadillas sobre la comodidad de su almohada. Agitada, comenzó a moverse sobre el paraje de su extensa cama. El despertador comenzó a sonar y despertó como Lázaro al mundo de los vivos. Pasaban pocos minutos de las siete y cuarto de la mañana. Desorientada, miró el reloj. La serenidad en el ambiente le recordó que no tenía prisa por levantarse porque era fin de semana y, como siempre, lo pasarían en la sierra de Madrid. En cualquier caso, a su marido poco le importaba que fuera sábado porque no perdonaba ninguna oportunidad para pintar. Sin más, volvió a quedarse de nuevo dormida y entregada sin lucha al descanso.

Sin saber el tiempo que había transcurrido, oyó un extraño ruido: como si algo o alguien arañase con furia las persianas del dormitorio. Escuchó aquel alboroto durante unos minutos; después, se relajó. Parecía estar provocado por la fuerza de la lluvia mezclada con el viento que, como un ruido atronador, llamaba a la ventana. El mes de diciembre era uno de los más lluviosos y fríos

de los últimos años. En ese instante, volvió a mirar el reloj y se dio cuenta de que habían pasado dos horas desde que despertara por primera vez.

Sentada en el borde de la cama, con los pies apoyados sobre una carísima alfombra de lana, sintió una siniestra llamada que procedía de su conciencia de una manera abrupta y despiadada. No había días, momentos ni circunstancias que no la tentaran con albures. Todo en la vida era un cúmulo de casualidades que se alimentaban de sus secretos igual que parásitos sin compasión. Como el silencio que precede a una batalla y el rumor del miedo que atrapa a su presa, aquel monstruo imaginario de risas sarcásticas y envenenadas se colaba cada noche en la mente de Daniela. No era otra cosa que su pasado, aquellos caducos años en los que su adolescencia se vio truncada por la podredumbre del todopoderoso «Dragón blanco». De sus llamaradas mefistofélicas, guardaba nefastos recuerdos. Por eso, cada nuevo amanecer, se proponía la misma misión: olvidar para vivir en su presente.

De sus brazos, piernas y espalda, había borrado los tatuajes de su anterior existencia porque temía que aquellos dibujos marcados a golpe de aguja en su piel, sodomizada por el alcohol y la droga, se convirtieran en un mapa que la retornase al mundo que la había destruido. Pensaba que si conservaba algún vestigio de la locura que mató los sueños de su juventud, podría resurgir la casualidad. No quería que la vergüenza traspasara las barreras de su interior. Había decidido purificar su mente y su corazón para comenzar con la única oportunidad que la suerte puso en su camino. Aquella «estrella» tenía nombre y apellido: Alvin Andersson, su compañero. El hombre que la rescató de la caída a un vacío infinito se había convertido en su guía. Sin él, jamás hubiera conseguido cortar las raíces de un tiempo pasado.

Daniela era feliz porque había conseguido sobrevivir lejos del «Dragón blanco». Sus hijos y su pareja eran el pilar que la mantenía viva y limpia de tentaciones. Junto a ellos, había logrado levantar murallas entre el pasado y el presente. Tan solo los sueños eran el

único lenguaje de sus recuerdos porque, mientras dormía, aquella chica delgaducha y de aspecto quebradizo tenía permiso para hacerle recordar que no había sido simplemente una pesadilla, sino una amarga realidad. Por fortuna, sus mejores terapias eran la sonrisa de su hija Aina, los colores de los cuadros de su marido y las travesuras de sus hijos gemelos: Adam y Óscar. Todo aquello era lo que necesitaba para no decaer por los quebrantos de su vida anterior; sin embargo, sus quimeras, las continuas incertidumbres y los malditos ojos del «Dragón blanco» quedaban ocultos entre la oscuridad de la noche y los cantos de luz que anuncian un nuevo día. Daniela conocía su punto débil: la fragilidad siempre fue su acérrima enemiga, y el peso de sus errores había sido un lastre concebido bajo un pecado de la adolescencia. Pero, no debía permitir que aquellas inquietudes perturbasen su dicha. Resultó desolador construir una nueva subsistencia basada en la falsedad, y comenzar una historia de amor con una mentira, pero era la única salida hacia la libertad. Ella era una invención, una muñeca rota en manos del destino, un fuego sin llama, una estrella sin luz. No obstante, había conseguido liberarse de las cuerdas de la heroína. Lejos del territorio del «Dragón blanco», se sentía capaz de volver a sonreír. La felicidad supone la voluntad de independencia, y ella la consiguió.

La salida de Galicia, su patria, y de su realidad se convirtió en una necesidad. El mar, los acantilados y los peregrinos eran su condena. Atrás, dejó una familia que distaba mucho de ser perfecta. En la bravura del Atlántico, ahogó las cenizas de unos años nefastos durante los que sintió que los días pesaban tanto como la bruma del océano, y que los paisajes verdes y frondosos del norte se convertían en ladrones de oxígeno. Nada la retenía. En las noches, nadie la esperaba para aliviar su dolor. Su único amparo estaba en la droga que fluía por sus venas. El querer tampoco la había tratado muy bien. El único hombre al que de verdad había amado la abandonó sin una sola explicación; se quedó vacía, rota y con miles de planes por cumplir. Él hubiera sido su salvación, pero huyó de su lado por temor a convertirse en un muerto viviente, en

una sombra, en un suspiro emanado de la nada. Ella lo amó y se entregó a él. Sin odiarle, le recriminaba aquella cobarde despedida que le arrebató cualquier posibilidad de sobrevivir al naufragio de la soledad. Durante aquellos días, aprendió una lección: nunca más confiaría en alguien que le prometiera amor eterno.

Su vida era muy distinta ahora. Sus venas estaban limpias de droga, su cuerpo, sin rastros de prostitución y sus labios, libres de pecado. ¡Qué lejos estaba todo aquello que recordaba! Aunque su mente no le otorgaba toda la libertad para actuar con frialdad, la distancia entre el presente y el pasado se medía con los recuerdos que ella se empeñaba en olvidar. Daniela había aprendido a esconderse bajo las alas de la felicidad y, cada noche, enterraba los sentimientos de añoranza en el cementerio de su memoria.

Daniela se consideraba una falacia. Pero, bajo las columnas del amor de madre y de esposa, había construido una familia, su única verdad. Diecisiete de sus cuarenta y siete años habían sido compartidos con Alvin. Al principio, se entregó a él con la desesperación de un condenado; sin embargo, se dio cuenta de que la paciencia era el mejor camino para conseguir sus propósitos. Meses después, el amor resurgió y la cautivó con sus palabras, con sus eternos besos y las infinitas caricias que cada noche le regalaba en la cama. Por fin, se sentía parte de un universo, eslabón de una cadena formada por dos personas con algo en común. Su vida había dejado de ser un rompecabezas olvidado en una vieja caja. Ahora, sus piezas fundamentales eran Adam, Óscar y Aina. Por sus hijos gemelos, sentía una mezcla de amor y furor. Su hija era para ella un ser excepcional, un angelito que inundó de alegría la casa de los Andersson.

Aina era como un huracán, porque arrasaba con los malos pensamientos por donde pasara. La dulzura de sus ojos azules era el reflejo de la pureza de su corazón. Su cabello rubio platino parecía fina escarcha, y su andar inconfundible la hacía especial. Daniela, sin poder evitarlo, había volcado toda la maternidad en ella, y reconocía que su desmesurado amor por la pequeña podría cau-

sar celos en los gemelos. Algunas veces, pensaba que eran solo imaginaciones suyas; sin embargo, en ocasiones, podía percibir el odio en las miradas gélidas y distantes de los chicos. Los hermanos formaban un asediado círculo al que no se permitía la entrada. Eran como dos gotas independientes o dos rosas aisladas en una maceta. Incluso sus gestos eran un idioma inventado por ellos. Jugaban juntos y se reían al unísono de sus comentarios. Pasaban horas encerrados en sus habitaciones o desaparecían durante toda la tarde como guerrilleros y soberanos de una causa común. Los gemelos consideraban a Aina como una enemiga, y a sus padres como unos fieles aliados. Pero, a pesar de todo, Daniela confiaba en que la ira de la adolescencia pasaría pronto. Por nada del mundo quería pensar que la malicia pudiera corromper a sus hijos, que eran sus pequeños, sus diablillos adolescentes, nada que no pudiera controlar.



2

Aina era una niña muy espabilada. Durante los fines de semana, en la casa de la sierra, disfrutaba pintando en un viejo caballete de su padre. Imitaba cada uno de sus pasos. Los tonos cálidos y vivos le sugerían alegría y diversión. Todo comenzó como un jovial juego que después se convirtió en una meta, en una ambición disfrazada de lucha por superarse en cada pincelada. Con tan solo cuatro años, cuando las palabras aún se perdían en su mala pronunciación, sus manos estaban poseídas por un extraño «ángel del arte». Su madre solía presumir de haber criado a una musa. En las reuniones familiares y en las fiestas con los amigos, siempre narraba la misma historia:

—Cuando Aina llegó a nuestras vidas, supimos que estaba predestinada a hacer algo grande.

Al principio, las ceras escolares la llevaron a plasmar sencillos dibujos sobre cartulinas; después, las acuarelas de vivos colores estimularon su imaginación. Poco a poco, y con ayuda de su padre, fue avanzando en texturas y tonos inventados. Con tan solo seis años, pintó su primer cuadro.

—¡Igual que Picasso! —decía su maestro, que tendía a exagerar las cualidades de la niña.

Recordaba aquella época con infinita dulzura. En la niñez, cualquier pequeño mérito es sobrevalorado y, con el mínimo esfuerzo, se consiguen grandes cosas sin tener que entregar nada a cambio. Pero ella estaba aún muy lejos de comprender nada. La inocencia la mantenía sumergida en un mar de incredulidad.

Aina sabía que su padre bebía los vientos por ella, porque siempre la trató como a una pequeña princesita de cristal que, con un ligero roce, se haría añicos. Alvin le dedicaba todo el tiempo que podía; el resto, lo entregaba a su profesión. La dedicación que recibía de su progenitor era motivo de peleas con sus hermanos, que unían sus fuerzas para sabotear su cariño. Al ser siete años mayores que ella, las estrategias de los chicos eran mucho más hábiles y, en ocasiones, llegaban a rozar la crueldad.

Entre las intenciones de los gemelos, se encontraba la idea de deshacerse de aquella insoportable mocosa consentida de alguna manera, pues la consideraban una ladrona de los sentimientos y de las atenciones que les pertenecían por derecho. En sus crueles y retorcidas mentes, andaba suelta la intención de implicar a la niña en alguna travesura, y hacerla protagonista sin que sospechara nada. Pero, necesitaban un plan de ataque para no levantar sospechas. Para ello, emplearon la suspicacia y propusieron a Aina algo divertido y tentador.

—Aina, mañana por la mañana, iremos a pescar al río. —Óscar intentó disimular su sonrisa mientras Adam mantenía la mirada fija en su hermana—. ¿Quieres venirte con nosotros?

Nunca hacían nada juntos y le pareció una idea excelente. Además, necesitaba sentirse más unida a ellos. Según sus maduros razonamientos, y disculpándose de sus clases intensivas de pintura, pensaba que los genios también necesitan jugar. Había cumplido recientemente ocho años y se sentía capaz de hacer lo que hacían sus hermanos.

—¡Vale, iré con vosotros! Pero... yo no sé pescar.

—No importa. Nosotros te enseñamos —dijeron los dos al unísono—. Pero... nuestros padres no deben enterarse. De lo contrario, no lo permitirán.

Daniela, ajena a los planes de los muchachos, sonrió satisfecha por verles juntos, sin sospechar que sus hijos habían escondido con premeditación todo lo necesario para la pesca entre los espesos arbustos del jardín. Solo faltaba una buena excusa para salir pronto de casa sin dar explicaciones.

Los tres se encerraron en el dormitorio de Óscar y empezaron a urdir un designio para evadirse; pero, todos los propósitos que se les ocurrían eran poco creíbles.

—¡Le diremos a mamá que vamos contigo para enseñarte a montar en bicicleta! Óscar descartó rápidamente la idea y dijo:

—¡Huy, qué tonto!, ya no me acordaba que aprendiste el año pasado.

Después, como iluminado por la providencia, intentó exponer otra posible excusa; pero, antes de que las palabras salieran de su boca, volvió a descartarla. Cuando Óscar agotó todas las posibles justificaciones, comenzó Adam:

—Está bien, creo que tengo la disculpa perfecta para escaparnos al río.

Esperaban la genialidad del cabecilla de travesuras, pero se decepcionarían pronto.

—Les diremos que no podemos salir con ellos porque Aina se encuentra mal y, como somos sus hermanos mayores, nos quedaremos a cuidarla.

Pero, al mirarlos, se dio cuenta de que su suspicacia estaba bastante dormida a esas horas de la noche; sin embargo, no desistió en el empeño y, durante un buen rato, estuvo comentando absurdas ideas para escabullirse del plan familiar.

Cuando estaban a punto de abortar lo que parecía una misión imposible, Aina, emocionada por compartir con sus hermanos una fantástica noche invernal condenada al fracaso, dijo el primer pensamiento que le vino a la cabeza:

—¿Y si decimos a mamá que... estamos mirando algunos árboles cercanos a casa para... construir una cabaña en su copa?

—Es algo absurdo —exclamó Adam.

Entonces, Óscar le ayudó a comprender que la inventiva de Aina era bastante creíble y que podía llegar a funcionar.

—No, Adam. La ocurrencia de Aina es perfecta. Piensa un poco. No nos prohibirán andar por el bosque cercano a casa. Encontrar el mejor árbol lleva tiempo y no sospecharán nada si nos vamos pronto y venimos un poco más tarde.

Los tres conocían las debilidades de sus padres. Daniela siempre estaba regañando a sus hijos mayores porque apenas dedicaban atención a Aina. En cambio, para Alvin, cuando estaban todos en casa, la ausencia de los niños significaba disfrutar de espacio y tranquilidad. Solía quejarse del escándalo que armaban los domingos por la mañana y de que nunca conseguía tener un poco de intimidad. Por tanto, si querían que su plan funcionase, tendrían que hablar los tres con ellos y, como piratas que preparan una conspiración contra sus adversarios, fueron en busca de sus víctimas. De alguna manera, la fuerza de los hermanos Andersson ganaría la contienda a la culpabilidad que escondían.

—Papá, mamá..., tenemos algo que deciros —comenzó diciendo Adam, al que se atribuía más responsabilidad—. Nos gustaría regalaros lo más esperado por vosotros.

Los señores Andersson estaban embobados por la curiosidad, sin imaginar que cada palabra había sido ensayada.

—Queremos que mañana tengáis tiempo para vosotros dos, que no os preocupéis de nosotros porque... hemos pensado pasar todo el domingo en el campo.

—Nuestro sueño es construir una cabaña en la copa de un árbol, como símbolo familiar. Así que... tenemos que mirar muchos árboles —continuó Óscar, tomando el relevo en la mentira.

Sin darles un respiro para que pensarán en sus alegaciones, continuó Aina:

—¡Por favor, mamá! ¡Por favor, papi! Me hace mucha ilusión.

Sus suplicas eran un bálsamo para sus corazones. Los padres se miraron y sus ojos expresaban la preocupación que les atormentaba; no obstante, cedieron no sin antes advertirles:

—¡Tened mucho cuidado!... y no os acerquéis al río; las últimas nieves han provocado mucha crecida en el cauce.

Con las manos a la espalda, Aina cruzó los dedos para no caer en pecado por hacer una falsa promesa. En cambio, sus hermanos estaban impasibles, como si no les preocupara nada las hogueras del infierno.

Unos minutos antes de las ocho de la mañana, los tres hermanos salieron de casa. Dejaron los teléfonos móviles guardados en sus dormitorios porque no querían ser localizados. La pequeña llevaba una cesta de mimbre con los almuerzos que Daniela les había preparado. Óscar y Adam se adelantaron un poco para coger disimuladamente las mochilas y las cañas de pescar que el día de antes habían escondido entre los espesos y ásperos arbustos. El invierno estaba resultando muy lluvioso y productivo para los campos. Los embalses y los lagos estaban recuperándose del seco otoño. Los caminos no habían podido absorber toda la lluvia de los días anteriores, y la nieve aún coronaba las montañas de Guadarrama. Cualquier persona sensata no hubiera ido a pescar al río porque resultaba peligroso, pero la sensatez no tenía cabida para los Andersson. Les llevó un buen rato llegar a ese lugar privilegiado que, según los gemelos, era donde más peces había y más picaban. Aina no entendía nada de pesca, y menos aún de mágicos sitios para dicha afición, pero quedó encantada con el magnífico entorno que envolvía el lugar escogido por los gemelos. Los árboles estaban vestidos lujosamente de capas de escarcha y el invierno se mecía en cada una de las afiladas hojas de los pinos; sus altísimas copas, parecían fundirse con las nubes preñadas de frío que surcaban el cielo. El viento se había aplacado y el hielo de la noche relucía cristalizado y pegado a la corteza de los imperiales troncos del bosque. Las tormentas de días anteriores también habían dejado huella en el estrecho sendero que llevaba hacia la orilla del río.

Los tres niños luchaban contra el muro de tempestad del Guadarrama. Caminaban uno detrás de otro porque, de lo contrario, la alfombra de vegetación que cubría el suelo los empapaba de rocío mañanero; sin embargo, Aina se escapaba del camino para oler las flores del avellano, sin importarle demasiado mojarse. Después, como una loca apasionada de los vivos colores que desprendía la naturaleza, abandonaba aquel árbol para dirigirse al acebo que posaba presumido entre los pinos. De pronto, se asustó al oír el ruido de un cervatillo que, escondido tras unos grandes matorrales, es-

peraba impaciente para alimentarse de sus frutos. Fascinada, corría de un lado a otro sin definirse por nada en concreto. Realmente, estaba poseída por el encanto de aquel lugar.

—¡Este es el sitio, Aina! Prepara tu caña como lo hacemos nosotros —dijo Adam al mismo tiempo que sacaba los aparejos de la mochila descolgada de su espalda.

El río estaba bravo y sus aguas embestían con fuerza las escurridizas piedras que sobresalían de la ribera. Las manos de Aina estaban entrenadas para la pintura, pero eran bastantes torpes para la pesca. Intentó hacer exactamente lo mismo que sus hermanos, pero sus dedos se liaban con el sedal y la larguísima caña. Abrió la caja de gusanos que debían servir como banquete para los peces y, sobresaltada por el movimiento de los pequeños invertebrados en el fondo de la cajita, la arrojó con violencia al suelo. Cuando quiso poner el cebo, unas terribles nauseas recorrieron todo su cuerpo.

—¡Qué asco! ¡Los gusanos están vivos! —dijo Aina.

—¡Eres una maldita estúpida! ¡Recógelos antes de que se escapen!

Los insultos de Óscar dañaron sus sentimientos y comenzó a llorar sin consuelo. Allí, no estaba su padre para consolarla ni tampoco sus pinturas para expresar y alejar la tristeza que causaban aquellas hirientes recriminaciones repletas de improperios. Las lágrimas bañaban su dulce rostro, pero ninguno de los dos hizo ademán de consolarla. Incluso, pudo percibir satisfacción en ellos por verla llorar. Comenzó a recoger los gusanos, que intentaban ponerse a salvo, al tiempo que emitía continuos suspiros de llanto. Una vez finalizada toda la captura del cebo, sus hermanos le mostraron cómo tirar la caña al agua, pero sus manos eran demasiado

pequeñas para sujetarla con la fuerza necesaria y se le cayó al río. Al intentar cogerla, Aina resbalaba en las escurridizas piedras de la orilla y su equilibrio estaba en la cuerda floja de una caída segura. A pesar de que sus pies bailaban constantemente en una lucha interna por no hacer el ridículo, intentó mantenerse erguida. De nada sirvieron sus filigranas por evitar lo inevitable porque, abatida como una mariposa con las alas rotas, cayó finalmente a las heladas aguas del Guadarrama. Óscar y Adam ni se inmutaron, porque pensaron que era una muestra más de su afán de protagonismo. La corriente jugueteaba a su antojo su cuerpo menudo. Intentaba agarrarse a las ramas de un árbol que caía sigilosamente en cascada sobre el río, pero todos los esfuerzos eran inútiles. De pequeña, su madre la había llevado a clases de natación, pero nunca aprendió lo suficiente porque el miedo le ganaba siempre la partida: cuando perdía la orientación del fondo de la piscina, una fuerte inseguridad atrapaba cualquier mínima posibilidad de nadar hasta la meta que le marcaba el monitor. El agua de aquel río la estaba hundiendo sin piedad. Afortunadamente, Óscar sintió un pellizco en su tibieza y, sin perder tiempo en desnudarse, se arrojó al agua para rescatar a Aina, a la que las fuerzas comenzaban a fallar. Adam permanecía impassible ante lo sucedido, como si el espacio que habitaba su corazón estuviera deshabitado. Una amarga malicia emanaba de sus ojos y la pasiva frialdad de su actitud la perseguiría a Aina durante muchos años. Su hermano y ella, dominados por la fuerza de la corriente, se debatían entre la vida y la muerte. Los brazos de Aina se aferraron al muchacho con un ansia incontrolable por sobrevivir, pero parecían quebradizas cadenas construidas por débiles hilos de algodón. Óscar consiguió agarrarse a una gruesa raíz de un viejo árbol que traspasaba con descaro la tierra humedecida de la ribera. Tan solo unos metros le separaban del firme suelo, pero el vencimiento de la cada vez más sumisa fortaleza los estaba derrotando. Aun así, siguió intentándolo. Se acercó más al tronco del árbol, buscando su refugio para evitar que la fuerza del agua los arrastrase sin control. Sujetaba a su hermana con un brazo y, con el otro, se

abrazó al tronco. De pronto, sintió una punzada bajo las costillas. Una rama tan afilada como la hoja de un cuchillo se le había clavado en el costado derecho. El espantoso dolor interno comenzó a devorarlo. Pero, si soltaba a la niña, el río se la tragaría, y decidió quedarse quieto esperando un milagro. Afortunadamente, la providencia los agasajó con la inesperada presencia de un desconocido dispuesto a ayudar. Mientras Adam permanecía impertérrito, aquel hombre apareció de la nada como un ángel salvador y se arrojó sin demora al río para rescatar a los niños. Entonces, y solo entonces, Adam sintió remordimientos e intentó ayudar. Una vez que Aina estuvo a salvo, Óscar se desmayó. El rescate del chico no fue tan sencillo debido a la profundidad de su herida, pero entre los dos consiguieron redimirlo.

La actitud aterida de Adam distaba mucho de ser considerada la de un ser con alma; sin embargo, cuando Aina y Óscar fueron rescatados, comenzó a sentir nuevamente latidos de preocupación; sobre todo, temía por su hermano, pues los dos se habían mantenido siempre muy unidos debido al sexto sentido que presumían compartir que, como un lazo invisible, les hacía partícipes de cualquier sufrimiento y les fortalecía frente a las carencias y debilidades. Solo cuando Óscar estaba inconsciente, él comenzó a llorar sumergido en una asoladora culpabilidad que anulaba incluso la indiferencia hacia Aina.

—¡Por favor, salve a mi hermano! ¡No deje que se muera! —suplicaba reiteradamente con incesantes lloros.

En aquel momento, poco quedaba de su frialdad. La posibilidad de perder a su gemelo le azotó con dureza, llenándolo de una rabia desmesurada. Arrodillado junto al hombre y roto de dolor, comenzó a golpear el suelo con los puños cerrados. Sus golpes estaban cargados de bombas de ira y, cada vez que descargaba uno, parecía traspasar las barreras de lo terrenal para despertar al «dueño de los infiernos». No soportaba la idea de perder a Óscar porque sentía hacia él un amor egoísta y desequilibrado que no estaba dispuesto a compartir con Aina, a la que responsabilizaba de cualquiera de

sus problemas. Para Adam, su hermana era una intrusa que había llegado tarde a sus vidas con afán de protagonismo. En momentos difíciles, cuando necesitaba desahogarse con alguien, siempre recurría a las frases que su profesora de ética le decía: «*Normalmente, una persona aparenta frivolidad y carencia de buenas intenciones porque se está abogando por dentro y su debilidad es atrapada por el recelo. Entonces, todas las buenas cosas que pueden habitar en el corazón son menospreciadas*».

Adam solo había esperado la oportunidad, como un lince lo hace con su presa, pero nunca deparó en los posibles contratiempos de su plan. Todo se había convertido en un verdadero infortunio que lo estaba carcomiendo de angustia.

Santiago desgarró la empapada ropa de Óscar, examinó la lesión y pudo comprobar que era una herida profunda. Desde sus años de estudio en la facultad de Medicina, no se había enfrentado a grandes retos. Eligió la psiquiatría porque era la única opción para no plantarse cara a cara con la muerte. Jamás hubiera podido trabajar en Urgencias y mucho menos ser cirujano. Aunque le costaba reconocerlo, le faltaba madera para ver sufrir a la gente; sin embargo, se ganó un merecido reconocimiento como psiquiatra porque siempre le llamó la atención el mundo oculto de la mente y, desde pequeño, sabía por dónde encaminar su futuro. En ese momento, dejó atrás sus reparos e intentó cortar la hemorragia en la herida de Óscar. El corte no tenía mucha longitud, pero sí era profundo. Casi parecía una puñalada. De forma improvisada, comenzó a hacer jirones la camiseta que momentos antes había arrojado al suelo para tirarse al agua; después, comenzó a cortar las mangas de su forro polar con una navaja y extrajo el relleno.

—¡Vamos, chico, empapa esta tela en agua! ¡Date prisa!

Santiago no dejaba de presionar el costado de Óscar. Tenía que cortar la efusión o moriría desangrado. Sin quitar las manos del cuerpo del chico, ordenó a Adam que depositara el jirón mojado sobre la herida y, con mucho cuidado, pero sin dejar de oprimir, comenzó a lavar el corte en círculos: desde el interior hacia el exterior, con la intención de arrastrar las astillas de madera que

hubiera. En repetidas ocasiones, Adam fue a recoger más agua para que Santiago curase a Óscar. Mientras el derrame disminuía, pudo comprobar la gravedad de la lesión. Posiblemente, estuviera afectado el tejido interno, pero él no podía hacer nada más por el muchacho.

—¡Busca leña que no esté muy húmeda!, ¡necesitamos hacer fuego para entrar en calor! —le gritó el hombre al verle lloriqueando y sin hacer otra cosa que alterar su poca serenidad.

Sumiso por la dura realidad del momento, comenzó a recoger los leños secos que encontraba dispersos y resguardados entre la densa vegetación. Sus ojos se llenaban de lágrimas que limpiaba disimuladamente con las mangas de su cazadora. Cuando formó un haz de ramas diseccionadas y quebradas de los imperiosos árboles, volvió con el pequeño grupo abatido por el desnudo del Guadarrama.

Para su sorpresa, Óscar había regresado de su inconsciencia y comenzaba a recuperarse, pero Aina y él estaban tan helados que sus dientes castañeaban y sus extremidades se movían sin control debido al intenso frío y a la humedad de aquel sitio.

—¡Quítate la cazadora y pónsela a la niña por encima! —Sin mediar palabra, obedeció—. Mientras yo busco un lugar seco donde hacer fuego, frota el cuerpo de tu hermano para que entre en calor —añadió.

Adam no solo hizo lo que el hombre le decía, sino que su protección iba mucho más allá. Entre sus brazos, y formando una cuna con su cuerpo, cogió a Óscar. Como si quisiera protegerlo del mundo, comenzó a cantarle con voz muy suave una canción que su madre siempre cantaba a su hermana cuando tenía miedo. Ella nunca fue consciente de que agazapados, escondidos y sentados en el suelo de una habitación, había dos niños escuchando con la triste certeza de que ninguna de las letras de aquella dulce melodía era para ellos. Mientras la pequeña se dejaba envolver entre felices sueños, ellos dos se dormían abrazados para espantar el temor de sus corazones.

*De la oscuridad te libraré, con caballos de porcelana.
Las estrellas robaré, para iluminar el camino de regreso a casa.
Del miedo te defenderé, con dulces nanas.*

Aina, encogida y abrazada a la chaqueta, solo anhelaba un poco de aquella dulzura que desprendía su hermano Adam, que la ignoraba cruelmente. Para ella, no existían sus cuidados. Ni una sola vez le dedicó una mirada de compasión porque la consideraba una insignificante partícula de invisibilidad, una rival que cruzó sin permiso las fronteras del amor incondicional entre dos personas idénticas: sus hermanos gemelos. Con una profunda tristeza, se resguardó de la iniquidad, cerró los ojos para no llorar y se acordó conmovida de su abuelo paterno, coronel retirado de La Fuerza Aérea Sueca: «*No decaigas ante una guerra sin haber luchado. No te arroilles ante lo que te debilita, porque tu enemigo averiguará tus puntos frágiles y, sin remedio, caerás en el campo de batalla*».

—¿Qué haría su abuelo en una situación semejante? —se preguntaba Aina.

Sentía su corazón acongojado, pues sus latidos eran como los tambores de los guerreros de África. El dolor dormitaba en cada parte de su cuerpo, y sus extremidades estaban entumecidas por la capa de frío que se adhería a ellas y arrasaba con cualquier vestigio de ánimo. Sin oponerse a la derrota del gélido día, y con la confianza puesta en que todo fuera un simple sueño, se dejó vencer. Los sonidos, los tímidos rayos de sol que intentaban traspasar sin fuerza las hojas de los árboles y las palabras mezcladas con llanto se desvanecieron como hermosos óleos bajo la lluvia. Ya nada podría herirla porque ni el dolor ni la indiferencia de Adam la atormentaban. En aquel momento, incluso el frío acabó perdido.